

Armas y seguridad: un juego de espejos

Román García Fernández. Instituto de Estudios para la Paz y la Cooperación (España)

Recibido 23/03/2026 • Aceptado 30/05/2026

ORCID: <<https://orcid.org/0000-0002-6504-434>>

Resumen

Este artículo analiza críticamente la actual escalada belicista y el rearme europeo desde una filosofía materialista de la paz, cuestionando la falsa equiparación entre mayor gasto militar y mayor seguridad. El autor argumenta que el discurso armamentista moderno secuestra el concepto de seguridad, desplazándolo desde la protección de las condiciones materiales de vida de los sujetos corpóreos hacia la justificación de la maquinaria bélica del Estado. A lo largo del texto se examinan las dimensiones políticas, económicas, ecológicas y éticas de este fenómeno, advirtiendo que la militarización erosiona la deliberación democrática, fomenta la dependencia industrial tutelada y administra el miedo como técnica de gobierno. Frente a este modelo, se propone recuperar el concepto de «seguridad humana», fundamentado en la satisfacción de necesidades básicas, la reducción de la violencia estructural y el sostenimiento de una vida digna, libre de la miseria y de la amenaza de destrucción que genera el propio militarismo.

Palabras clave: seguridad humana, militarismo, rearme, filosofía materialista de la paz, miedo, biopolítica.

Abstract

Weapons and security: a game of mirrors

This article critically analyzes the current warmongering escalation and European rearmament from a materialist philosophy of peace, questioning the false equation between higher military spending and greater security. The author argues that modern militaristic discourse hijacks the concept of security, shifting it from the protection of the material living conditions of corporeal subjects to the justification of the State's war machinery. Throughout the text, the political, economic, ecological, and ethical dimensions of this phenomenon are examined, warning that militarization erodes democratic deliberation, fosters tutelary industrial dependency, and administers fear as a technique of government. In contrast to this model, the article proposes recovering the concept of «human security», grounded in the satisfaction of basic needs, the reduction of structural violence, and the sustaining of a dignified life, free from the misery and the threat of destruction generated by militarism itself.

Keywords: human security, militarism, rearmament, materialist philosophy of peace, fear, biopolitics.

Armas y seguridad: un juego de espejos

Román García Fernández. Instituto de Estudios para la Paz y la Cooperación (España)

Recibido 23/03/2026 • Aceptado 30/05/2026

ORCID: <<https://orcid.org/0000-0002-6504-434>>

§ 1. El secuestro del lenguaje: de la *securitas* al fetiche del rearme

La reciente escalada belicista y el incremento acelerado de los presupuestos de defensa en Europa no constituyen únicamente una reordenación estratégica; representan, ante todo, una profunda crisis de los conceptos éticos y políticos con los que una comunidad se piensa a sí misma. Cuando se naturaliza la premisa de que «más armas equivalen a más seguridad», no estamos solo ante una decisión presupuestaria o militar, sino ante una inversión conceptual: aquello que debía designar la protección de la vida acaba designando la preparación organizada para la guerra. Sin embargo, para una filosofía materialista de la paz, la premisa fundacional debe ser innegociable: la seguridad no puede definirse por la capacidad abstracta del Estado para hacer la guerra, sino por las condiciones materiales que permiten a los sujetos corpóreos vivir sin miedo, sin miseria y sin destrucción inducida por las propias instituciones que dicen protegerlos.

Por tanto, no se trata de aumentar ilimitadamente el número de armas que posee un Estado para sentirse seguro, sino de evaluar qué sujetos quedan efectivamente protegidos por esa política de seguridad y por cuánto tiempo. La seguridad no puede medirse solo por arsenales, alianzas, gasto militar, capacidad disuasoria o autonomía estratégica. Debe medirse por la posibilidad real de vivir sin hambre, sin miedo, sin abandono sanitario, sin precariedad extrema, sin destrucción ecológica y sin que la propia comunidad política convierta a los «sujetos corpóreos» de sus miembros en un recurso sacrificable. Es decir, es necesario introducir un componente de sostenibilidad en el tiempo. Este «sujeto corpóreo» no es otro que el cuerpo espinosista: un cuerpo cuya dignidad reside en su capacidad creadora para afectar y ser afectado en comunidad.

La palabra *seguridad* (del latín *se-cura*) remite precisamente a esa ausencia de inquietud vital, al sosiego y a la liberación de una preocupación que amenaza al sujeto. No conviene convertir esta etimología en prueba decisiva, pero sí permite señalar una tensión fundamental: la seguridad, antes de ser doctrina militar, remite a una experiencia del cuerpo y de la vida. Está seguro quien no vive sometido al temor permanente, quien no se encuentra expuesto a la miseria, quien no debe organizar su existencia bajo la amenaza constante de la destrucción. Sin embargo, el discurso armamentista moderno secuestra esta categoría y la desplaza desde el cuerpo vulnerable hacia la abstracción del Estado armado.

El discurso armamentista invierte esta orientación. La seguridad deja de ser una condición de la vida y pasa a ser una propiedad del aparato estatal: capacidad ofensiva, disuasión, presencia militar, alianzas estratégicas, superioridad tecnológica. Se produce así un juego de espejos: el Estado afirma proteger a la población, pero exige que esa población sacrifique recursos, derechos y condiciones de vida para sostener la maquinaria que supuestamente la protege.

Este desplazamiento puede analizarse en tres planos. En el plano ético, la seguridad remite al sujeto corpóreo: vida, salud, alimento, vivienda, libertad respecto del miedo, posibilidad de desarrollar las propias capacidades. En el plano moral, la seguridad aparece ligada al grupo: patria, identidad colectiva, alianza, pertenencia, enemigo. En el plano político-estatal, la seguridad se convierte en razón de Estado: frontera, soberanía, ejército, presupuesto militar, secreto, disuasión. El problema comienza cuando el tercer plano absorbe a los otros dos y presenta la seguridad del aparato estatal como si fuera automáticamente la seguridad de los sujetos que lo componen.

Ni Hobbes ni Locke resuelven este problema si se los lee como descripciones antropológicas del ser humano. Ambos parten de construcciones teóricas que imaginan una situación mítica previa al orden político. Pero el ser humano no es bueno ni malo por naturaleza en un sentido abstracto, anterior a toda sociedad. Solo se es hombre en sociedad. Son las sociedades las que forman, educan, disciplinan, pacifican o preparan para la guerra. Como señalaba Aristóteles, no es el hombre el que constituye la sociedad, sino al revés: es la sociedad la que conforma al ciudadano. Por eso el problema no está en decidir si el hombre natural es lobo o propietario racional,

sino en analizar qué tipo de instituciones producen miedo, obediencia, confianza, cooperación o violencia.

Incluso si aceptáramos provisionalmente la tesis de Hobbes, según la cual el Estado se justifica por su capacidad para reducir el miedo a la muerte violenta, el militarismo contemporáneo incurre en una flagrante contradicción. En lugar de reducir el miedo, el Estado armamentista lo administra, lo amplifica y lo convierte en el combustible permanente de su legitimidad.

Desde una perspectiva epicúrea, esta inversión resulta demoledora. Quien vive sometido al miedo constante no es libre ni puede alcanzar la *ataraxia*. La tranquilidad del ánimo no es una evasión privada, sino una condición material de la vida buena. Una comunidad que multiplica la amenaza, que educa a sus miembros en la expectativa de la guerra y que presenta el rearme como destino inevitable no produce seguridad; produce sujetos inquietos, dependientes y gobernables por el temor. El miedo deja de ser el obstáculo que superar y se convierte en una técnica biopolítica de gobierno.

En este punto, la crítica de Johan Galtung resulta imprescindible. La paz y la seguridad no pueden reducirse a la mera ausencia de guerra abierta, esto es, a una paz negativa. Exigen la presencia efectiva de condiciones de justicia, desarrollo y satisfacción de necesidades humanas básicas: una paz positiva. Una sociedad puede estar formalmente en paz y, sin embargo, producir inseguridad mediante la pobreza, la desigualdad, el racismo, la precariedad, la destrucción ambiental o el abandono de sus servicios públicos. Del mismo modo, un Estado puede aumentar sus arsenales y, al mismo tiempo, hacer más insegura la vida de quienes dice defender.

La crítica foucaultiana permite precisar todavía más este desplazamiento. En *Seguridad, territorio, población*, Foucault muestra que la seguridad moderna no funciona simplemente como protección frente a peligros exteriores, sino como una tecnología de gobierno: define poblaciones, calcula riesgos, organiza circulaciones, produce amenazas y administra probabilidades. La seguridad no es, por tanto, una categoría inocente. Es un modo de gobernar. Cuando esta racionalidad se militariza, la población aparece como variable gestionable dentro de un cálculo estratégico: se recortan recursos sociales, se normaliza la excepcionalidad presupuestaria y se presenta el rearme como evidencia técnica no sometida a deliberación democrática.

De este modo, el fetiche del rearme secuestra el lenguaje de la seguridad. Promete tranquilidad y produce miedo. Invoca protección y desplaza recursos de la vida hacia la destrucción. Habla de defensa y consolida estructuras de dependencia militar, tecnológica e industrial. Afirma preservar la libertad y, sin embargo, organiza la existencia colectiva bajo la amenaza. La seguridad queda convertida en su contrario: no en la condición material para vivir sin miedo, sino en el nombre noble de una política que necesita el miedo para reproducirse.

Por eso la pregunta filosófica no puede ser únicamente cuánto debe gastar un Estado en defensa. La pregunta decisiva es otra: qué entendemos por seguridad y quién es el sujeto de esa seguridad. Si el sujeto de la seguridad es el Estado abstracto, la población puede ser sacrificada en nombre de la razón estratégica. Si el sujeto de la seguridad son los cuerpos vivientes, entonces ninguna política que destruya las condiciones materiales de una vida digna puede presentarse legítimamente como política de seguridad.

§ 2. El presupuesto como antropología práctica y la trampa del bloque

Los presupuestos generales del Estado suponen una antropología práctica: dicen crudamente qué vidas importan, qué miedos se atienden y qué sujetos son sacrificables. Si la seguridad se identifica exclusivamente con la defensa militar, el ciudadano concreto desaparece y en su lugar se erige un fetiche abstracto: «la posición en la alianza» o «la capacidad disuasoria».

Esta fractura material revela la trampa de una falsa ecuación: creer que más gasto militar equivale automáticamente a más seguridad. Los datos recientes confirman la magnitud del desplazamiento: el SIPRI estimó que el gasto militar mundial alcanzó en 2025 los 2,887 billones de dólares, celebrando la OTAN un incremento del 20% en las aportaciones de sus aliados europeos. Este desvío masivo de capital exige reconocer que el rearme no es un fenómeno abstracto, sino un mercado sumamente lucrativo donde corporaciones e imperios específicos rentabilizan la venta de armas bajo el disfraz de la protección global.

La cuestión decisiva no es si un Estado debe disponer o no de medios de defensa. Plantear así el problema lo reduce a una alternativa falsa entre indefensión y

militarización. La pregunta es otra: qué queda protegido y qué queda desprotegido cuando el presupuesto se desplaza hacia el armamento. Cada euro asignado al rearme no es solo una cifra contable; es una decisión sobre hospitales que no se construyen, viviendas que no se garantizan, escuelas que no se refuerzan, políticas de dependencia que se aplazan, transición ecológica que se debilita o investigación civil que pierde recursos. Se exige a la población que acepte recortes en sanidad, educación y transición ecológica en nombre de la defensa frente a un enemigo exterior. Sin embargo, la dialéctica amigo/enemigo debe complejizarse. No estamos ante un choque simétrico e ideal entre dos naciones (una a una), sino ante un conflicto atravesado por una intersección de clases y asimetrías materiales, donde la supuesta defensa del «bloque» supone, invariablemente, la exclusión y el sacrificio de los sectores más vulnerables de la propia sociedad.

Bajo esta lógica, al identificar la seguridad con el músculo militar, el sujeto protegido ya no es primariamente el ciudadano concreto, sino el aparato que administra la defensa. El cuerpo enfermo, el anciano dependiente, el joven sin vivienda, el trabajador precarizado o el niño empobrecido desaparecen del centro del análisis. En su lugar aparece una entidad abstracta: la seguridad nacional, la capacidad estratégica, la posición en la alianza, el cumplimiento de compromisos militares.

Se consolida así la falsa ecuación mencionada: confundir capacidad de daño con protección de la vida. Un Estado puede poseer más cazas, más drones, más misiles, más sistemas antiaéreos y más munición, y al mismo tiempo producir una sociedad más insegura para sus habitantes. Puede reforzar su posición militar mientras aumenta la ansiedad social, la desigualdad, la precariedad, el abandono sanitario o la destrucción ambiental. La seguridad del aparato no coincide necesariamente con la seguridad de los sujetos.

Esta fractura se advierte con claridad si se atiende al coste de oportunidad. El armamento no cae del cielo. No es una categoría abstracta. Procede de trabajo, energía, materias primas, contratos, impuestos, deuda pública y decisiones políticas. Una sociedad que decide armarse decide también no hacer otras cosas. No toda renuncia es ilegítima, pero toda renuncia debe ser discutida. Presentar el gasto militar como inevitable bloquea precisamente esa deliberación.

La retórica de la defensa intenta sustraer el presupuesto militar al juicio común. Lo presenta como necesidad técnica, exigencia geopolítica o deber de alianza. Pero el presupuesto público es siempre una decisión moral y política. No hay neutralidad en asignar recursos escasos. La cuestión no es si las amenazas existen; existen. La cuestión es si la respuesta armamentística aumenta o disminuye las condiciones efectivas de seguridad humana. Un Estado puede reaccionar ante amenazas reales de un modo que genere nuevas amenazas, incremente la dependencia estratégica, alimente carreras armamentísticas y empobrezca la vida material de su población.

Incluso retomando la tesis hobbesiana, el Estado armamentista incurre en una contradicción insalvable. Si el Estado se justifica porque sustituye la inseguridad generalizada por un orden capaz de proteger la vida, el hecho de que necesite producir un miedo constante para justificar su expansión militar invierte la promesa inicial. La seguridad deja de ser la salida del miedo y se convierte en la administración política del miedo. El ciudadano ya no es protegido del temor; es gobernado mediante él.

Y como nos recordaba Epicuro, este punto adquiere una dimensión ética decisiva. Quien vive dominado por el miedo no puede ser libre ni alcanzar la *ataraxia*. La tranquilidad no consiste en ignorar los peligros, sino en no vivir sometido a una estructura permanente de amenaza. Una política que necesita educar a la población en la expectativa de la guerra, en la sospecha del enemigo y en la inevitabilidad del rearme no produce sujetos seguros. Produce sujetos inquietos, dependientes y dispuestos a aceptar sacrificios materiales en nombre de una protección siempre aplazada.

La fractura presupuestaria revela también una paradoja moral. Se exige a la población que acepte restricciones en nombre de la seguridad, pero se la priva de los medios materiales que hacen posible una vida segura. Se invoca la defensa de la libertad, pero se debilitan las condiciones sociales que permiten ejercerla. Se habla de proteger la democracia, pero se normaliza que enormes decisiones de gasto se tomen bajo presión geopolítica, opacidad contractual y escasa deliberación pública. Se promete seguridad futura mediante la preparación para la guerra presente.

El problema no es únicamente cuánto se gasta, sino qué tipo de racionalidad se consolida al gastar así. La inversión armamentística produce instituciones, intereses, empleos, dependencias tecnológicas, compromisos industriales, lenguajes expertos y

expectativas de continuidad. Una vez instalada, la maquinaria del rearme genera sus propias razones para perpetuarse. No se compran armas solo para responder a amenazas; también se construye un sistema que necesita seguir identificando amenazas para justificar sus compras.

Aquí reaparece el juego de espejos del armamentismo. El Estado dice armarse para proteger la paz, pero al armarse alimenta la lógica de la amenaza. Dice defender a la población, pero desplaza recursos que podrían protegerla materialmente. Dice actuar por prudencia, pero convierte el miedo en horizonte permanente. Dice prepararse para evitar la guerra, pero organiza la sociedad alrededor de la posibilidad de la guerra.

Por eso la crítica filosófica no puede limitarse a oponer gasto militar y gasto social como si fueran simples partidas competidoras. La cuestión es más profunda. El presupuesto militar revela una definición de seguridad. Si la seguridad se define desde el Estado armado, la vida concreta puede ser sacrificada en nombre de la defensa. Si se define desde los sujetos corpóreos, el gasto debe justificarse por su contribución efectiva a la vida digna, no por su capacidad abstracta de destrucción.

La verdadera pregunta, por tanto, no es si un Estado puede gastar en defensa. La pregunta es cuándo ese gasto deja de proteger y comienza a producir inseguridad. Y esa frontera se cruza cuando el rearme se convierte en fetiche: cuando deja de ser un medio limitado y discutible para transformarse en evidencia incuestionable, cuando absorbe recursos sin rendir cuentas, cuando confunde miedo con prudencia, obediencia con responsabilidad y capacidad de matar con seguridad.

§ 3. Autonomía estratégica o subordinación industrial: el mito del aliado protector

La justificación coyuntural del rearme europeo se articula, en buena medida, a partir de la invasión rusa de Ucrania y del retorno de la guerra convencional al territorio europeo. No se trata de negar la agresión ni el derecho de un pueblo invadido a defenderse. Esa no es la cuestión. La cuestión filosófica y política es otra: si una agresión real debe convertirse en argumento para naturalizar una reorganización completa de la sociedad europea en torno al rearme, la lógica de bloques y la subordinación estratégica.

La defensa frente a una agresión no equivale necesariamente a militarización indefinida. Confundir ambas cosas es una de las operaciones centrales del discurso armamentista. La agresión rusa existe; pero de ese hecho no se sigue que toda política de seguridad europea deba quedar reducida a un aumento presupuestario, a la compra acelerada de armamento, a la expansión industrial militar y a una dependencia renovada de la OTAN. La realidad de la amenaza no elimina la obligación de pensar críticamente la respuesta.

Aquí aparece de nuevo el juego de espejos. Europa dice buscar autonomía estratégica, pero la traduce en la compra de macro-sistemas como los cazas F-35 estadounidenses, lo que implica adquirir cadenas de mantenimiento, software y subordinación doctrinal. La protección se convierte en tutela. Una verdadera autonomía estratégica no significa simplemente comprar más misiles; significa poseer capacidad de deliberación política, reducir dependencias críticas y subordinar la defensa a la vida material de los ciudadanos.

Por otra parte, la alianza de los distintos países europeos con Estados Unidos suele justificarse mediante una lectura idealizada de su historia política como matriz de las libertades modernas. Sin duda, la tradición constitucional norteamericana ha producido elementos decisivos para la historia de los derechos, de la representación política y de las libertades civiles. Pero una cosa es reconocer esa tradición y otra convertir la política exterior de Estados Unidos en la encarnación universal de la libertad. El aliado no es una idea moral; es un Estado con intereses, industrias, estrategias y prioridades propias.

La política exterior estadounidense no puede ser leída como una simple prolongación de una filosofía de los derechos humanos. Ha estado atravesada por el pragmatismo geopolítico, la defensa de áreas de influencia, el sostenimiento de aliados autoritarios, la intervención directa o indirecta en gobiernos extranjeros y la protección de sus intereses económicos y militares. El problema no es denunciar moralmente a Estados Unidos como si fuera una anomalía maligna entre Estados puros, sino comprender que todo Estado imperial o hegemónico tiende a presentar sus intereses particulares como si fueran intereses universales.

Tampoco se debe obviar que Estados Unidos ha mantenido enfrentamientos bélicos históricos con aliados europeos actuales, como Gran Bretaña o España, y que sostiene

políticas de cooperación con naciones que mantienen tensiones abiertas con esos mismos socios europeos. El caso de España resulta paradigmático debido a la estrecha relación estratégica que Washington mantiene con Marruecos y al respaldo de sus posiciones geopolíticas en la región.

Por eso, Europa no puede fundar su seguridad en una representación imaginaria del aliado. Si la seguridad se piensa desde los sujetos corpóreos y no desde el aparato estatal, entonces ninguna dependencia estratégica puede aceptarse sin examen. Una política de defensa que deja en manos de otro poder el suministro, el mantenimiento, la actualización, la doctrina operativa y la autorización efectiva de sistemas esenciales no produce autonomía. Produce vulnerabilidad administrada.

De este modo, el rearme europeo corre el riesgo de convertirse en una transferencia masiva de recursos públicos hacia un complejo militar-industrial que no responde directamente al espacio democrático europeo. Se afirma que Europa se fortalece, pero una parte sustancial de ese fortalecimiento consiste en integrarse más profundamente en redes industriales y tecnológicas ajenas. La soberanía se nombra, pero la capacidad efectiva de decidir se desplaza.

No se trata de oponer ingenuamente a «Europa» y «Estados Unidos» como dos sustancias políticas puras y cerradas. Europa también posee industria militar, intereses geopolíticos, exportaciones de armas, responsabilidades coloniales y formas propias de violencia. El problema no es sustituir una dependencia por un militarismo europeo autónomo. La cuestión es más radical: si la llamada autonomía estratégica significa únicamente producir o comprar más armas, entonces no transforma el paradigma de seguridad; solo disputa quién se beneficia económicamente de él.

Una verdadera autonomía estratégica debería significar capacidad de deliberación política, independencia de juicio, reducción de dependencias críticas, control democrático de las decisiones militares y subordinación de la defensa a una idea material de seguridad humana. No basta con que las armas sean europeas para que la política sea más justa. La pregunta no es solo dónde se fabrican los misiles, sino qué concepto de seguridad se consolida cuando la sociedad se organiza alrededor de ellos.

La lógica de bloques refuerza esta dificultad. Cuando la política internacional se ordena como un enfrentamiento entre bloques, el enemigo cumple una función estructural: permite cohesionar internamente, justificar presupuestos, disciplinar

disensos y presentar toda crítica como ingenuidad o traición. En ese marco, la diplomacia deja de ser una práctica permanente de limitación del daño y pasa a aparecer como una concesión sospechosa. La política se estrecha: o adhesión al bloque o complicidad con el enemigo.

Este estrechamiento es filosóficamente grave. La paz no consiste en negar la existencia de agresores, sino en impedir que la agresión se convierta en el fundamento de una obediencia ilimitada a la lógica militar. La agresión debe ser resistida, pero la resistencia no debería destruir la capacidad de pensar alternativas, límites, negociaciones, mediaciones, garantías de seguridad, reconstrucción y justicia posterior. Una política que solo sabe responder al miedo con más miedo queda prisionera de aquello que dice combatir.

El mito del aliado protector opera aquí como imagen. Del mismo modo que la bandera transforma un trapo en patria y la medalla transforma el daño en honor, la alianza puede transformar la dependencia en seguridad. El aliado aparece como garante, paraguas, escudo, protección. Pero todo escudo tiene un precio: orienta el cuerpo, fija la posición, determina el frente y obliga a mirar en una dirección. La protección puede convertirse en tutela.

Desde esta perspectiva, el problema de la OTAN no puede reducirse a estar «a favor» o «en contra» en términos abstractos. La cuestión es qué tipo de sujeto político produce una comunidad que delega su seguridad en una arquitectura militar dirigida por una potencia exterior. Si Europa acepta que su seguridad depende fundamentalmente de estructuras, tecnologías e industrias que no controla plenamente, entonces su autonomía queda limitada desde el principio. Puede aumentar su gasto militar y, sin embargo, no aumentar en absoluto su libertad política.

Aquí reaparece la tesis inicial del artículo. La seguridad no puede definirse por la capacidad abstracta del Estado —o de una alianza de Estados— para hacer la guerra, sino por las condiciones materiales que permiten a los sujetos corpóreos vivir sin miedo, sin miseria y sin destrucción inducida por las propias instituciones que dicen protegerlos. Si la autonomía estratégica europea se traduce en más gasto, más dependencia industrial, más secretismo contractual y más subordinación a la lógica de bloques, no habrá producido seguridad humana. Habrá producido únicamente una imagen de seguridad.

La tarea crítica consiste, por tanto, en desmontar esa imagen. La protección no debe confundirse con tutela; la alianza no debe confundirse con libertad; la defensa no debe confundirse con rearme indefinido; la autonomía no debe confundirse con militarización. Una Europa políticamente adulta no sería la que más rápidamente incrementa su capacidad de fuego, sino la que es capaz de someter la defensa a deliberación democrática, limitar la industria de la amenaza, sostener vías diplomáticas y situar la vida concreta de sus habitantes por encima de la reproducción de bloques militares.

§ 4. Las dimensiones ocultas del militarismo: democracia, ecología, técnica y responsabilidad

El paradigma armamentista no se limita a reorganizar presupuestos ni a redefinir alianzas. Produce una forma de sociedad. Allí donde el rearme se convierte en evidencia incuestionable, la vida colectiva empieza a ordenarse en torno a la amenaza: se estrecha la deliberación democrática, se normaliza el secreto, se intensifica la dependencia tecnológica, se desplaza el daño ecológico fuera del campo de visión y se convierte la producción de instrumentos de muerte en una actividad económica respetable.

Por eso la crítica al militarismo no puede reducirse a preguntar cuánto se gasta en armas. Debe preguntar qué tipo de instituciones, qué tipo de subjetividad y qué tipo de mundo produce una sociedad que se arma de manera permanente. El armamento no es un objeto aislado que permanece exterior a la comunidad que lo fabrica. Es una relación social condensada: moviliza trabajo, ciencia, energía, materias primas, contratos, propaganda, secreto, disciplina, obediencia y miedo.

El militarismo tiene, al menos, cuatro inversiones o dimensiones ocultas que la retórica oficial tiende a presentar como secundarias o inevitables:

4. 1. Erosión democrática y opacidad

La primera dimensión es la democrática. El aumento de los presupuestos militares suele presentarse como un imperativo técnico, no como una decisión política. Se dice

que «no hay alternativa», que «la situación internacional obliga», que «los compromisos de la alianza exigen», que «la amenaza no permite demora». De este modo, aquello que debería ser objeto de deliberación pública se transforma en una evidencia indiscutible.

La democracia se debilita cuando las decisiones fundamentales sobre guerra, defensa, industria militar y gasto público quedan sustraídas al juicio ciudadano. No porque todo deba decidirse en asamblea permanente, sino porque el secreto y la urgencia se convierten en la forma normal de gobierno. El presupuesto militar se blindaba retóricamente: quien lo cuestiona aparece como ingenuo, irresponsable o cómplice del enemigo. Esta es una operación característica de la razón de Estado. La seguridad se invoca para suspender, precisamente, la discusión sobre la seguridad. Se afirma que la ciudadanía debe ser protegida, pero se la excluye de la deliberación sobre los medios, los costes y las consecuencias de esa protección.

Por otro lado, la opacidad contractual refuerza esta dinámica. La industria militar se mueve en un espacio especialmente propicio para el secreto: contratos complejos, adjudicaciones reservadas, información clasificada, intermediarios, sobrecostes, puertas giratorias, dependencia tecnológica y promesas de empleo. La defensa aparece como necesidad nacional, pero funciona también como un mercado protegido. No se trata de afirmar que todo gasto militar sea corrupto, sino de advertir que la combinación de secreto, urgencia, patriotismo y grandes contratos públicos produce un terreno favorable a la degradación democrática. Allí donde la pregunta crítica se interpreta como traición, la democracia ha cedido terreno ante la lógica militar.

Una política de seguridad compatible con la democracia debería poder responder públicamente a preguntas elementales: qué amenaza se invoca, qué medios se compran, a quién se compran, con qué condiciones, qué dependencias generan, qué alternativas se han descartado, qué costes sociales implican y qué mecanismos de control existen. Si estas preguntas no pueden formularse sin sospecha, la seguridad ha dejado de ser una política pública para convertirse en dogma.

4. 2. Impacto ecológico y contradicción material

La segunda dimensión oculta es ecológica. El militarismo se presenta como defensa de la vida colectiva, pero se apoya en una maquinaria materialmente destructiva:

consumo masivo de hidrocarburos, extracción de minerales estratégicos, ocupación de territorios, contaminación de suelos y aguas, residuos tóxicos, ensayos, desplazamientos de tropas, producción industrial pesada y destrucción directa de ecosistemas.

Hay aquí una contradicción conceptual. Una sociedad no puede declarar la emergencia climática y, al mismo tiempo, considerar ilimitada la expansión de su maquinaria bélica. No puede hablar de transición ecológica mientras financia estructuras que dependen de un consumo energético intensivo y de una lógica de destrucción material. La guerra no solo mata cuerpos humanos; arrasa condiciones de vida.

La ecología obliga a ampliar la idea de seguridad. No está seguro quien vive bajo un cielo protegido por misiles pero en un territorio contaminado, con agua degradada, suelos destruidos, incendios, sequías, desplazamientos forzosos y el colapso de sus condiciones materiales de existencia. El militarismo tiende a separar artificialmente ambos planos (defensa por un lado, medio ambiente por otro), pero la vida no está dividida de ese modo. Las bombas destruyen casas, pero también campos, bosques, animales, infraestructuras hidráulicas, hospitales y redes eléctricas. La guerra es siempre también guerra contra el mundo que hace posible la vida.

Desde esta perspectiva, el rearme debe pensarse como la intensificación de una relación depredadora con la tierra. La maquinaria militar necesita extraer, fabricar, transportar, almacenar, ensayar, destruir y reemplazar. Incluso cuando no combate, consume mundo; incluso cuando se justifica como disuasión, produce daño material. La pregunta ecológica deshace así una de las ficciones centrales del armamentismo: las armas pueden defender una frontera, pero no garantizan por sí mismas un mundo habitable. Y sin mundo habitable, no hay seguridad posible.

4. 3. Alienación tecnológica y automatización de la muerte

La tercera dimensión es tecnológica. La guerra contemporánea tiende a separar cada vez más la decisión de matar del cuerpo que mata. Drones, armas autónomas, sistemas algorítmicos, inteligencia artificial, vigilancia satelital y guerra a distancia transforman

la violencia en una operación técnica. La muerte se administra mediante pantallas, datos, sensores, modelos predictivos y cadenas de mando distribuidas.

Esta transformación no elimina la violencia; la hace más abstracta para quien la ejecuta. El cuerpo del enemigo aparece como punto, señal, firma térmica, coordenada u objetivo. El operador no ve un rostro, ve una interfaz; no oye el grito, recibe una confirmación de impacto; no pisa el territorio destruido, contempla una imagen mediada por tecnología.

La alienación tecnológica consiste precisamente en esa separación entre acto y consecuencia. Cuanto mayor es la distancia técnica, más fácil resulta convertir la destrucción en procedimiento. Günther Anders advirtió que la técnica moderna había producido una desproporción entre lo que somos capaces de hacer y lo que somos capaces de imaginar moralmente. En la guerra tecnológica, esta desproporción se vuelve extrema: se puede destruir sin ver, decidir sin tocar y matar sin comparecer ante el cuerpo muerto.

La inteligencia artificial aplicada a la guerra intensifica este problema. Si la selección de objetivos o la decisión de ataque se desplazan hacia sistemas automatizados, la responsabilidad moral se dispersa. La técnica no elimina la responsabilidad, la vuelve más difícil de localizar, funcionando como coartada perfecta. La cuestión filosófica no es si la tecnología militar es eficaz, sino qué tipo de mundo moral se produce cuando la eficacia técnica se separa de la presencia del cuerpo afectado. Una sociedad que automatiza la muerte corre el riesgo de automatizar también la indiferencia.

4. 4. Responsabilidad ética individual e industria de la amenaza

La cuarta dimensión es la responsabilidad ética individual. La industria militar se legitima a sí misma como creadora de empleo y avance científico. Sin embargo, este argumento encierra una profunda contradicción interna: una economía que ata la estabilidad laboral de unos sectores a la fabricación de instrumentos para masacrar a otros revela una innegable patología moral. Sostener que el desarrollo humano se debe al desarrollo armamentístico no solo es un argumento falso, sino que obvia nuestra cruda realidad antropológica: materialmente, un fémur puede ser tanto un hueso

como una maza. La complejidad de la cadena de montaje no disuelve la responsabilidad humana frente al horror, simplemente la distribuye.

El armamentismo no existe sin sujetos concretos que diseñan, investigan, fabrican, financian, transportan, venden, justifican y votan políticas de defensa. La industria militar tiende a presentarse como un sector económico más, pero esta presentación oculta el destino material de lo que produce. No toda producción industrial es moralmente equivalente; fabricar medicamentos o alimentos no es lo mismo que fabricar minas, misiles o bombas de racimo. El objeto producido, su finalidad y su uso previsible importan.

El trabajador de la industria armamentística no es, sin más, culpable individual de cada muerte producida por el arma que fabrica, pero tampoco puede considerarse completamente ajeno al destino de su producción. Entre la inocencia absoluta y la culpa total hay un campo de responsabilidad que no puede ser eliminado. La promesa de empleo suele utilizarse como argumento definitivo, pero una sociedad que solo puede ofrecer prosperidad fabricando medios de destrucción revela una patología estructural. La seguridad laboral de unos queda vinculada a la inseguridad vital de otros.

Aquí aparece otra forma del juego de espejos: la industria militar se presenta como fuente de estabilidad económica, pero su estabilidad depende de la persistencia de las amenazas. Se presenta como empleo, pero ata el sustento de comunidades enteras a la reproducción del miedo. Precisamente porque las sociedades modernas funcionan mediante mediaciones largas, es necesario pensar la responsabilidad ética dentro de esas mediaciones. No basta con decir: «yo solo diseño», «yo solo fabrico» o «yo solo voto». La destrucción organizada se compone de la suma de muchos «solo».

§ 5. La sociedad producida por el militarismo

Estas cuatro dimensiones muestran que el militarismo no es solo una política sectorial. Es una forma de organizar la sociedad. Produce una democracia más opaca, una economía dependiente de la amenaza, una técnica separada de la responsabilidad, una ecología sacrificable y una subjetividad acostumbrada a vivir bajo el miedo. La pregunta, por tanto, no es solo qué armas se compran, sino qué tipo de comunidad se

construye al comprarlas. El armamentismo modifica las prioridades, el lenguaje, los afectos y el horizonte de futuro. Una sociedad que se piensa constantemente desde la guerra acaba educándose para la guerra. Por eso, la crítica filosófica debe rechazar la neutralización técnica del problema. No estamos ante una cuestión reservada a estrategias o economistas de defensa, sino ante una cuestión ética, política y antropológica: qué condiciones hacen posible una vida humana no sometida al miedo ni a la destrucción inducida por las instituciones que prometen protegerla. No hay seguridad humana con democracia debilitada, planeta devastado, técnica irresponsable y economía moralmente anestesiada. La seguridad no puede construirse mediante la destrucción sistemática de las condiciones materiales que hacen posible vivir

La crítica del rearme no puede limitarse a una objeción presupuestaria ni a una impugnación moral genérica de las armas. Debe culminar en una redefinición filosófica de la seguridad. Mientras el sujeto de la seguridad sea el Estado abstracto, la alianza militar, la frontera, la industria estratégica o la posición geopolítica, la vida concreta de los individuos podrá ser sacrificada en nombre de una protección que nunca llega a ellos.

La tarea crítica de una filosofía de la paz exige desmontar el fetiche armamentista. Como advertía la tradición kantiana, los sujetos son fines en sí mismos, y la razón de Estado se vuelve ilegítima cuando transforma a las personas en material disponible para sostener su prestigio bélico. Este punto debe precisarse: no se trata de contraponer ingenuamente individuo y comunidad, como si la vida humana pudiera existir fuera de toda institución. Solo se es humano en sociedad. Precisamente por eso el Estado y las instituciones importan, pero importan como mediaciones para organizar una vida común, no como fines que puedan absorberla. Cuando las instituciones que deberían proteger la vida producen miedo, miseria o destrucción, han invertido trágicamente su función.

Para corregir esta inversión, el concepto de *seguridad humana*, formulado por el PNUD en 1994, ofrece un marco imprescindible. Frente a la seguridad entendida como mera defensa del territorio, la seguridad humana desplaza la atención hacia las condiciones reales de existencia: seguridad económica, alimentaria, sanitaria, ambiental y política. Amartya Sen y Martha Nussbaum permiten reforzar esta idea

desde el enfoque de las capacidades. Una vida segura no es simplemente una vida que no ha sido bombardeada. Es una vida en la que los sujetos pueden desplegar capacidades efectivas: vivir con salud, habitar, educarse, participar, razonar y vincularse. La seguridad no se identifica entonces con la mera conservación biológica, sino con las condiciones materiales que hacen posible una vida digna.

Johan Galtung había formulado esta misma exigencia desde su distinción entre paz negativa y paz positiva. Una comunidad puede no estar en guerra y, sin embargo, producir violencia estructural. Puede armarse en nombre de la paz y destruir, precisamente, las condiciones sociales que harían posible una paz real. Ken Booth, desde la teoría crítica, insistió en que la seguridad auténtica es inseparable de la emancipación. Si la seguridad no libera de la necesidad y de la opresión, puede ser defensa del Estado o blindaje de fronteras, pero no es seguridad humana. Y como ha mostrado Thomas Pogge, el orden global no puede considerarse justo —ni seguro— cuando reproduce condiciones institucionales que condenan a millones de personas a la pobreza extrema para sostener la estabilidad geopolítica de unos pocos.

Repensar la seguridad exige romper este juego de espejos deformantes. La pregunta radical no debe ser qué uso dará la política a las armas producidas; esa pregunta llega tarde. Debemos preguntar qué tipo de sociedad produce una economía que necesita fabricar armas para sentirse próspera, y qué tipo de libertad queda cuando la vida común se organiza bajo la expectativa permanente de la guerra.

La seguridad, pensada desde los sujetos corpóreos, exige otra jerarquía de bienes. Antes que la capacidad de destrucción está la preservación de la vida. Antes que la obediencia a la alianza está la deliberación democrática.

Esto no significa negar la existencia de amenazas reales ni reducir la política internacional a la ingenuidad de la buena voluntad. Existen agresiones, imperialismos y violencias organizadas. Pero reconocer la amenaza no obliga a aceptar que la única respuesta racional sea el rearme indefinido. Entre la indefensión pasiva y la militarización existe un vasto campo político que incluye la diplomacia, la prevención de conflictos, el control de armas, la justicia internacional, la reducción de dependencias y la resiliencia civil.

Una política de seguridad legítima debería ser siempre limitada, discutible, proporcional y subordinada a la vida que dice proteger. Cuando la defensa se vuelve

ilimitada, opaca y económicamente interesada, deja de ser defensa y se convierte en militarismo.

§ 6. Romper el espejo del militarismo

El armamentismo contemporáneo se sostiene sobre un perverso juego de espejos, operando a través de sustituciones inaceptables:

- *En el lenguaje:* la seguridad deja de nombrar las condiciones materiales para vivir sin abandono y pasa a designar la capacidad del Estado para destruir.
- *En el presupuesto:* cada incremento militar se presenta como protección, ocultando que debilita las verdaderas condiciones (sanidad, educación, ecología) de la seguridad humana.
- *En la política:* promete reducir la amenaza, pero se ve obligado a administrar el miedo y a mantenerlo vivo para justificar su existencia.
- *En la democracia:* invoca la seguridad para suspender el debate público, reduciendo a la ciudadanía al mero papel de financiadora.
- *En la técnica:* automatiza la violencia mediante la alienación, haciendo que la muerte del otro sea más fácil de administrar al borrar el cuerpo de la pantalla.

374

Todas estas inversiones demuestran que el problema del rearme es un problema profundamente filosófico. La seguridad se ha convertido en una palabra disputada, y esa disputa no puede resolverse aceptando el vocabulario del Estado armado.

La seguridad debe ser devuelta a la vida. No al arsenal, no a la industria bélica, no a la abstracción del Estado, sino a los cuerpos que viven bajo instituciones concretas. Un Estado no es seguro porque pueda destruir mucho, sino porque quienes lo habitan pueden vivir sin hambre, sin abandono, sin precariedad extrema y sin ser convertidos en medios sacrificables para fines que no han decidido.

Cuando una comunidad confunde su capacidad de matar con su capacidad de vivir, ha perdido el sentido mismo de la seguridad. Queda atrapada en el espejo del militarismo: mira armas y cree ver protección; mira miedo y cree ver prudencia.

Romper ese espejo es la tarea de la filosofía materialista de la paz. La seguridad no se mide por el fuego disponible, sino por la reducción efectiva de la violencia

estructural. Si la política no vuelve a situar a los sujetos corpóreos en el centro, la «seguridad» seguirá siendo, para desgracia de todos, el nombre noble de una inseguridad permanentemente organizada.

Bibliografía

- Anders, Günther (1956), *Die Antiquiertheit des Menschen. Über die Seele im Zeitalter der zweiten industriellen Revolution*. Munich, C. H. Beck.
- Booth, Ken (2007), *Theory of World Security*. Cambridge, Cambridge University Press.
- Epicuro de Samos (2026), «Sentencias vaticanas: *Gnomologium Vaticanum Epicureum*» (Román García Fernández, ed.), en *Eikasía: Revista de Filosofía*, n.º 133, pp. 235-314, <<https://doi.org/10.57027/eikasía.133.1266>>, [20/02/2026].
- European Defence Agency (2024), *Defence Data 2023-2024*. Bruselas, European Defence Agency.
- European Network Against Arms Trade y Transnational Institute (s. f.), Informes y publicaciones sobre el complejo militar-industrial y el comercio de armas en la Unión Europea, ENAAT/TNI.
- Foucault, Michel (2004), «*Sécurité, territoire, population*» : *Cours au Collège de France, 1977-1978*. Paris, Gallimard/Seuil.
- Foucault, Michel (1997), «*Il faut défendre la société*»: *Cours au Collège de France, 1975-1976*. Paris, Gallimard/Seuil.
- Galtung, Johan (1969), «Violence, Peace, and Peace Research», en *Journal of Peace Research*, vol. 6, n.º 3, pp. 167-191.
- García Fernández, Román (2018), «Gustavo Bueno y la paz: valores y prejuicios», en *Eikasía: Revista de Filosofía*, n.º 79, págs. 81-91, <<https://doi.org/10.57027/eikasía.79.2529>>, [20/01/2026].
- Hobbes, Thomas (1651), *Leviathan, or the matter, forme and power of a Common-Wealth ecclesiasticall and civil*. Londres, Andrew Crooke.
- Kant, Immanuel (1785), *Grundlegung zur Metaphysik der Sitten*. Riga, Johann Friedrich Hartknoch.
- Locke, John (1689), *Two treatises of government*. London, Awnsham Churchill.
- Neocleous, Mark (2008), *Critique of security*. Edinburgh, Edinburgh University Press.
- North Atlantic Treaty Organization (2025), *Defence expenditure of NATO countries*. Bruselas, NATO.
- Nussbaum, Martha C. (2011), *Creating capabilities. The human development approach*. Cambridge, Harvard University Press.
- Pogge, Thomas (2002), *World poverty and human rights. Cosmopolitan responsibilities and reforms*. Cambridge, Polity Press.
- Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo (1994), *Informe sobre desarrollo humano 1994. Nuevas dimensiones de la seguridad humana*. Nueva York, Oxford University Press.
- Sánchez Corredera, Silverio (2006), «Ética, política y moral: un desarrollo desde las propuestas de Gustavo Bueno», en Francisco Giménez, Patricio Peñalver Gómez, Enrique Ujaldón Benítez (eds.), *Filosofía y cuerpo: debates en torno al pensamiento de Gustavo Bueno*. Madrid, Libertarias, pp. 177-184.

Sen, Amartya (1999), *Development as freedom*. Nueva York, Alfred A. Knopf.

Stockholm International Peace Research Institute (2026), «Global military spending rise continues as European and Asian expenditures surge», en SIPRI, 27 de abril, <<https://www.sipri.org/media/press-release/2026/global-military-spending-rise-continues-european-and-asian-expenditures-surge>>, [22/01/2026].

Stockholm International Peace Research Institute (2024), *SIPRI Yearbook 2024. Armaments, Disarmament and International Security*. Oxford, Oxford University Press.